

CAPÍTULO III.

Y en efecto, Solís dijo así:

—Los reyes de Granada podían dormir en paz, mientras tuviesen guardado su reino en la parte vecina de Antequera, con fortaleza tal, como Archidona. Tres sierras, que parecen como tres lenguas de fuego, cuando las tiñen y arrebolan los ocasos del sol, celan el camino á Granada; y estas tres sierras, por Dios separadas, veíanse juntas, y por fuertes muros ceñidas, que las encerraban en una especie de gigantesco haz resplandeciente allá en los cielos inmensos, á modo de constelación astronómica. Estos muros, cortados á cada paso por altos y formidables torreones parecidos á gigantes cas estatuas, erigidas en las cumbres, entraban con sus dentadas almenas por las regiones superiores del aire y relucían como transparentes y lustrosos ámbar. Dentro del espacio cercado por las tres montañas y guarecido por las inexpugnables

fortalezas, tendíase una hoya fresca, y por los árabes comparada, en sus canciones, á los más tranquilos oasis. El aire puro esparce por las venas el deseo de vivir; las aguas desatadas en manantiales copiosos que así arrullan el oído, como festejan la vista, son prodigiosas; crecen los pastos en praderas inacabables y brotan los vergeles en peñascos parecidos á gigantescas macetas; junto al caballo, trisca el cordero y el toro muge; mientras la tórtola y la paloma conciertan sus unísonos arrullos con el zumbido de las abejas, como formando un acorde bajo y profundo para que se levante sobre sus oscuros tonos, las escalas cromáticas de las demás canoras y alegres avecillas diseminadas por las celestiales alturas. Distingúase, allá, entre los risecos, la torre del sol, así llamada, porque la perlada lumbre del alba y los arreboles postreros de la tarde relucen y reverberan en sus rosáceas almenas. Una colonia de palestinos, se había en tales sitios asentado largo tiempo, llenándolo con recuerdos de los desiertos del Jordán y con ecos de las canciones de Syria. Era tal fortaleza inexpugnable, porque á sus piés se abría un tajo, tan liso como una pared inmensa y tan profundo como un abismo insondable. En estos tiempos infelices del reinado de Enrique IV, la poquedad de nuestro rey desdichado, excitara con las esperanzas, las cóleras de todos los alcaides morunos, y especialmente de Ibrahim, el fortísimo alcaide de Archidona. Su furor era tanto, que repetía en los oídos de todos los que, por aque-

lla sazón, le circuían y escuchaban, cuán seguro se creía de recabar Antequera conquistada por el infante D. Fernando y arrancarla pronto al soberbio dominio de Castilla. Desde la torre del sol atisbaba el alcaide á los viandantes, como el buitre á los cadáveres, ó como el milano á los pajarillos. No podía levantarse nube de polvo en los suelos, ó nube de niebla en los aires, no, sin que se creyese obligado él á salir del castillo para hacer presa en la llanura. ¡Cuántos cautivos encadenó en sus húmedos calabozos! ¡Cuántos pastores colgó en las copas de las encinas! ¡Cuántos viandantes inmoló al filo de sus cimitarras! Muchas veces, desde lejos, veíanse por los cielos azules y serenos círculos negros en torno de las rosadas almenas, y eran compuestos por los cuerpos de los cuervos, idos en tropel á picotear las cabezas cristianas pendientes de los adarves como trofeos de cien victorias, bien fáciles para guerrero, que se descolgaba de tales alturas y se volvía pronto, después de haber pasado por el llano con la rapidéz de un huracán, á sus inexpugnables seguros. No tuvieron los moros hombre tan cruel en sus anales manchados de sangre, como el alcaide Ibrahim.

—Pero contad, primo, contad á estos mancebos, de suyo enamoradizos, las causas ocasionales de tan terrible furor. Pues Ibrahim fué por Dios bien desgraciado en su hogar.

—Mas no sabemos cuánto contribuyó á la propia desgracia el propio furor.

— Cierto. Cuéntalo de todas suertes.
 — Lo contaré.
 — Ya estamos atentos y con el dedo en la boca.
 — Oídme. Tenía Ibrahím una hija de toda hermosura. Jamás la raza de los árabes dió de sí muestra tan gallarda. Sus cabellos se parecían á la noche, y sus miradas á la luna, y sus sonrisas al cielo, y sus palabras á melodías incomparables, y toda su persona esparcía en torno suyo tal regocijo, que los poetas la comparaban exaltados, en sus canciones amorosas, al sándalo de las orientales selvas. Ibrahím había prometido la incomparable prenda, ornato de su hogar y de su familia resumen, al viejo alcaide, gobernador y cuasi rey en la riscosa fortaleza de Alhama. Reunidos por este lazo de amor ambos gobernadores, proponíanse perseverar más y más en la defensa de sus tierras, así como acometer más y más á los perros cristianos. La hija de Ibrahím no sentía otros afectos que un respeto religioso por el viejo moro, á quien la destinaba el fatalismo musulmán, representado en la persona de su padre. Pero cierto día pasó por allí el rey de Granada llevando consigo á su ministro Hamet, jóven apuesto, galán, enamorado, ardentísimo, y de tanta belleza en su sexo como en el suyo la hija de Ibrahím. Aquellas dos almas habían sido emparejadas por el cielo y solamente quien las emparejara podía desparejarlas. Viéronse casi á hurtadillas; y con solo verse una vez, ya se comprendieron para siempre. Y ya com-

prendidos en el mismo pensamiento, no podían separarse ni en el seno siquiera de la muerte. Ibrahím requirió á la mora para que se uniese con el viejo alcaide. Más la mora se arrojó á las plantas de su padre; y abrazándole con efusión las rodillas, contóle cómo no podía obedecerle por tener cautiva de otro amador, más digno de su cariño, y más propio de sus años, la voluntad, que le demandaba su padre, para un viejo, del cual tristemente la repelían y apartaban todos sus deseos. Enfurecióse Ibrahím y juró por el Profeta no tolerar jamás aquel matrimonio. Una mañana de Abril, en que las flores, cargadas de rocío, unidas en bien olientes ramilletes, y las aves resonantes de arpegios en coros infinitos, convidaban á vivir y amar, salió la jóven hija de Ibrahím por los verjeles y praderas en requerimiento de algún alivio y lenitivo á sus amores dolorosos. Sentada se veía y cerca de un rosal y junto al borde marmóreo de alberca transparente y cristalina, oyendo piar á las aves en concierto con el susurro de los arroyos, cuando se presentó, caballero en alazán de los desiertos, el mancebo amante, y la convidó á rápida fuga para llegar al feliz logro de su amor ó al infeliz malogro de su vida, pues, nada tan doloroso, en verdad, para ellos, como las separaciones y las ausencias. Saltó la jóven á la grupa del caballo y se dieron los dos enamorados á correr, como sobre las alas del viento, en busca de la frontera vecina, tras cuyas líneas estaba guardada la libertad, indis-

pensable á sus almas para consagrarse al culto fervoroso del amor. No habían corrido largo trecho, cuando apareció tras ellos Ibrahim, seguido, como una fiera, de su manada; con la centelleante cimarra en las manos, espumas de verde hiel en los labios, roncós gritos en el pecho, conminándolos á detenerse y á rendirse, con el imperio de un demonio que husmea su víctima ó de un bruto que coge y desgarrá su presa. Los jóvenes enamorados comprendieron que la mano aleve, sobre sus frentes extendidas, iba, de un golpe, á separarlos; y juraron juntarse y confundirse allí mismo, en el seno de la muerte. Nada más fácil. Cerca, muy cerca, el abismo abría sus fauces; y en las entrañas de aquel abismo estaba la eternidad. El caballo se iba rápidamente acercando á su borde; y ambos á dos amantes, entrelazados, ceñidos, confundándose sus alientos y sus almas, por esas armonías misteriosas entre la muerte y el amor, sentían una voluptuosidad increíble y placentera por extremo, en arrojarse por la sima y morir confundidos en abrazo y beso, que contuviera y encerrara toda la eternidad de su amor. Acercábase ya el padre tirano á ellos con rabia, cuando el caballo, sumiso y obediente al mandato del querido jinete, llega ciego al borde oscuro de la sima y se precipita en el abismo. Cuando el padre llegó, ni siquiera pudo ver los dos cuerpos, devorados por las tinieblas y rotos en fragmentos contra los riscos; pero sí oyó el suspiro postrero que subía, expresión del último

estertor, en el cual iban como envueltas sus dos almas enamoradas, heridas, pero satisfechas de haberse juntado en el seno de la muerte. Tamaña desgracia enardeció aún más en las voraces llamas del crimen y sus infiernos, al desalmado Ibrahim, que prometió nuevos asesinatos, nuevos exterminios, incendios nuevos, cazas de hombres, talas de campos, aniquilamiento de ciudades en los torbellinos de su dolor y entre los sacudimientos epilépticos de su desesperación. Pero las almas tiernas y sencillas, que lloran con todos los que lloran, y padecen con todos los que padecen, eternamente llamarán al abismo por donde se precipitaron aquellos dos jóvenes, La Peña de los enamorados, envolviéndola en ether de poesía que produzca y engendre plañideras canciones, como las sublimes entonadas siempre por el amor, cuando se junta y desposa con la muerte.

—Triste y luctuosa historia—exclamó Vera,—que cuentan á una los andaluces cristianos y los andaluces musulmanes á sus respectivas familias en sus invernales veladas. Pero continuad, Solís, refiriendo la conquista de Archidona, para que todos estos jóvenes aprendan á una en el ejemplo por sus predecesores presentado, cómo se combate y cómo se muere por la religión y por la patria.

—No podía—dijo Solís comenzando su narración de nuevo,—la cristiandad tolerar sin grave detrimento de sus intereses y mengua de su nombre, los tenaces retos y los continuos combates del porfiado

Ibrahim. Ni las mercancías del mercader viandante llegaban al mercado, ni la yunta del labrador afanoso abría el surco, ni el rebaño pastaba en el prado y dormía en el redil á sus anchas, sin exponerse á las depredaciones continuas de tamaña fiera insaciable. Parecían sus milites errantes dotados de la ligereza del gamo, de la increíble agilidad del tigre, de la soberbia del feroz león y del doblez y astucia de la redomada serpiente, con algo de sobrenatural además como los fantasmas que surgen de las tinieblas ó como las ánimas que vuelven á este mundo terreno del triste purgatorio. El clamoreo de los andaluces llegó hasta el ánimo de prócer tan ilustre y animoso como D. Pedro Girón, quien podía llamarse Rey según la espléndida corona que se había cortado para sí en los fragmentos de la monarquía rota por las debilidades y los vicios del cuitadísimo D. Enrique IV. Era de ver aquel ejército pasando por estos mismos sitios, al congregarlo en torno suyo el pendón glorioso de los altivos Girones. Aquí, los caballeros de Calatrava en la vanguardia con todas sus armas y armaduras cargados; allí, los advenedizos de diversas gentes y naciones á nuestras puertas llegados en demanda de alistarse y combatir dentro de las cruzadas españolas, ya que un hado fatal interrumpiera las cruzadas de Oriente; allá, el celebrado conde de Cabra, con las huestes levantadas en los surcos de sus propios terruños y los antiguos siervos convertidos en libres y pe-

leadores soldados; acullá los comendadores de Santiago con su caballería, los fronteros de Ecija montados en briosísimos potros, los alcaides de Osuna, de Morón, de Arjona, y cerrándolo todo á retaguardia, el Comendador D. Fadrique por mil voces cantado en populares y poéticos romances, de los que se oyen en las puertas de las tiendas y acompañados por las guzlas de trovadores y juglares, á la hora de la velada, en los alegres campamentos. No bien había columbrado el alcaide moro desde sus altos y erguidos torreones el penacho rojo que al viento volaba, el centelleo vario de la luz en los damasquinados petos, descendió del monte al llano con todo el ímpetu de sus feroces instintos y todo el arrojo de su indomable valor. Conocedores los nuestros del número de sus enemigos y del terreno donde iban á pelear, burlaron la furia mora que retrocedió, espantada por la vista de tantas fuerzas, al seguro de sus castillos y torres. Situáronse unos cristianos en la parte meridional de la campiña para cortar las aguas de los claros manantiales é impedir que se surtiesen los cruzados de ellas y situáronse otra parte en los riscos cercanos á los alcázares para evitar que por las montañas y bosques de Cantaril pudiesen saltarles inesperada sorpresa. Pero un sitio que contase con apurar por hambre y sed á quienes guardaban tantas provisiones como los precavidos moros de Archidona, resultaría un sitio capaz de probar hasta paciencias más sufridas que la escasa paciencia de

los guerreros andaluces. Refanse los sitiados ya de los sitiadores; mientras el mayor número de estos murmuraba de sus jefes. No hubo remedio. La necesidad impuso el combate. Mucho costó llevar por aquellas enriscadas cumbres los instrumentos de más activo asedio; pero ningún obstáculo desconcertaba el valor de los nuestros, empeñado en tal atrevida empresa. La sierra del Conjuero dominaba un poco, pero al fin y al cabo dominaba un tanto á la sierra del Sol, y allí pusieron los nuestros sus piezas de batir que disparaban audaces, acompañando los disparos con gritos y clamores á la Virgen. Cuando los sitiados oían estas invocaciones á la Madre del Verbo, burlábanse de los nuestros y les decían que no estaba mal invocar en aquellos trances auxilios de mujer, porque la femenil intervención podría trocar las lanzas en husos y las espadas en ruecas, á cuyas gracias respondían los cristianos lanzando, estopas encendidas, alquitrán ardiente, bombas innumerables, y otros devastadores proyectiles: «ahí van, y de prisa, nuestros copos hilados.» Bien puede asegurarse que aquellos moros se asemejaban á las incombustibles salamandras puesto que vivían sin recelos en medio de las llamas. El incendio consumió con tal y tanta voracidad la población, que sus hogares quedaron reducidos á montes de rescoldo y á cordilleras de cenizas. Ya les aquejaba mucho la sed producida naturalmente por aquel infierno, y para templarla, salían á tiro de ballesta con zeques

y odres bien apercebidos y á riesgo y ventura de correr tremendas zalagardas. No había otro remedio sino intentar el asalto y lo intentaron los nuestros. Diríase que tenían alas según montaban por los muros. Jamás cayeron los lobos en rebaño, los leones en caravana, los milanos en palomar, como los nuestros en Archidona. Girón dió ejemplo acercando al frente de la más atrevida columna su escala propia con la derecha mano al muro entre nubes de piedras y lluvias de flechas que llovían la muerte. Un peñasco desprendido por aquellas furias de las altas almenas que parecían deshacerse todas á una sobre sus salteadores, un terrible peñasco tocó en la frente á Giron y le dejó sin sentido. Pero aquel desmayo de su general no hizo más que alentar á sus soldados, los cuales, subiendo sobre los mismos cadáveres hacinados, entraron en las fortalezas, arremetieron ciegos con sus defensores, y los pasaron todos á cuchillo. El alcaide se lanzó por las simas donde habían muerto sus víctimas desapareciendo en los abismos cual un diablo que volviera de grado á los infiernos.

—Y eso—dijo Vera,—que tales empresas de inolvidable memoria se llevaron á término y cima cuando la monarquía castellana se desmembraba y se perdía casi en las guerras civiles.

—Como que teníamos—añadió Solís,—dos reyes, el reinante D. Enrique y el proclamado por una parte considerable de la nobleza, D. Alonso.

—Y las divisiones de los nobles—dijo Vera,—

se recrudecían más á medida que eran más numerosos y estaban más seguros de su fuerza.

—Tan cierto es cuanto decís que aquí no podíamos vivir en medio de tantos desórdenes.

—Ya lo creo.

—Los Fajardos apoyados por los Manriques combatían con los Yáñez en Murcia y Cartagena. Él rey daba desde su trono autorizaciones para entrar á sangre y fuego en las tierras de sus contrarios y Alonso Carrillo por mandato real corría por ellas á saco cual pudiera el más redomado bandido. Luchaba el Sr. de Albudeyte, allá en los campos de Lorca, cual si no hubiera ni rey ni autoridad alguna sobre su corona.

—Pues, ya se ve. Cazorra puesta bajo la mitra de Toledo, no reconocía la corona de Castilla, ni más ni menos que si fuese tierra de moros. La fortaleza de Segura estaba en manos del maestre Juan Pacheco, tan ufano y soberbio como un monarca. Y si Jaen se sostenía fiel á Enrique por obra del condestable Iranzú y del prior Valenzuela y del obispo Acuña, Girón vino de Castilla ensoberbecido á contrastarlos con ejército de mil caballos y diez mil peones.

—Y en verdad que obispo y noble combatieron á una con más furor que moros y cristianos. Los caminos se veían robados por bandas insurrectas; las mieses encendidas por teas asoladoras; las doncellas, violadas y los jefes de familia ya entraran en la lucha, ya quedarán en paz, asesinados; combatie-

ron los Benavides y Valenzuelas todo un día en las calles y plazas de Baeza, convirtiendo sus tranquilos hogares en otros tantos fortines de guerra. Entonces cayó preso el obispo y fué conducido sacrilegamente al castillo de Baños después de haberlo como á un vulgar criminal maniatado. Los sacerdotes del Señor se trocaron por todas partes en régulos y capitanes de facciosos. Los Molinas se declararon por los Girones en Úbeda, pero los Cabras, que ocupaban á Baeza con cuatrocientas lanzas y los Montemayores que ocupaban Alcaudete declararon una indiferente neutralidad, considerada por los Girones como un verdadero crimen. Pululaban al impulso de tales conflictos hordas de señoriales ejércitos á guisa de siervos sueltos y desbandados, esparciéndose por do quier en la más terrible anarquía. Carmona cayó en manos de tales facciosos que combatían con el enemigo común solo para tener luego la satisfacción de combatir á su vez ellos entre sí mismos. Los caballeros árabes formaban bajo los pendones de los marqueses de Villena que venían á significar el saqueo y la matanza. Las aguas del Guadalquivir se tiñeron con sangre de los caballeros de San Juan.

—¡Ah! Como que sucedió entonces una de las mayores aventuras que guarda la memoria.

—¿A cuál os referís? ¡Pasaron tantas en estos tiempos de feudal anarquía!...

—Me refiero á la célebre de Antequera.

—Contadla.

—No, vos la contaréis mejor. Contadla, pues.

—Sea en buen hora. Reclamado por el estruendo de tanta guerra, llegó el rey D. Enrique á la perturbada y triste Andalucía. Incapaz de tener la independencia que debe todo monarca, se puso bajo la tutela de los Villenas y de los Aguilares. Conjurarónle ambos magnates á que les entregase Antequera y dirigióse allá con ánimo de arrancársela por fuerza si era preciso al buen Hernándo de Narvaez hijo del famoso Rodrigo, en cuyas manos depositara el infante D. Fernando el gobierno de aquella tan preciada conquista. Presentóse á la puerta el monarca demandando para sí hospitalidad y para toda su comitiva. Pero Narvaez conociendo que Aguilar buscaba el gobierno de la plaza y no la comodidad del monarca, admitió á éste con una docena de sus criados y dijo á las gentes de armas que se quedara en los arrabales de Santa Catalina donde tendrían seguro alojamiento.

—Bien hecho.

—Entró el monarca, y aún no había entrado, cuando echó el rastrillo Narvaez, como si estuviera en ciudad sitiada, dejando fuera con desdeñoso desprecio á sus mortales enemigos exacerbados por la codicia propia y por la vecindad cercana de su querida presa.

—¡Cuántas ambiciones se desencadenan abajo, siempre que se aflojan arriba los fortísimos resortes del poder y caen los reinos en menosprecio por los reyes!

—Ya en los muros de Antequera, vióse rodeado el rey de monjes y conducido á la Iglesia del Salvador en procesión aparatosa.

—Donosa industria, en verdad. Como que Narvaez no tenía otro medio de intimidar al débil monarca, que como todos los tímidos, se rendía tan sólo al peso de las amenazas y no al influjo de la razón y de la justicia.

—El templo donde habían conducido al rey, estaba ornado con todos los trofeos de la victoria. Allí reposaban las cenizas del padre de Narvaez, en ausencia de la del primer conquistador D. Fernando de Castilla, quien dormía ya el sueño de la muerte bajo las bóvedas de los regios panteones de Aragón.

—¡Asilo de tantos muertos gloriosos!

—Hernando sacó de la sepultura el cuerpo momificado de su padre y lo puso en negro túmulo bajo el crucero de la Iglesia, con tal arte, que daba horror á los ojos, espanto á los ánimos, y parecía llegado del otro mundo para traer sobre los menzures, que desgarraban el reino, maldiciones divinas y castigos infernales. Aumentaban el horror de aquella escena, las negras colgaduras caídas desde las techumbres al suelo en guisa de inmensos paños fúnebres; las calaveras, por cuyos huecos ojos centelleaban luminarias siniestras parecidas al mirar de aves nocturnas, y los huesos, en cuyos extremos relucían vacilantes fuegos fatuos; las pinturas que retrataban círculos del purgatorio

y abismos del infierno, entre cuyas indecisas llamaradas veíanse padecer legiones varias de múltiples almas en tormento y en pena; el resplandor amarillo de los cirios que sólo daban desde los toscos candelabros, la claridad suficiente para ver mejor la espesura de aquellas tinieblas, entre las cuales, se veían levantarse las losas de los pavimentos para dejar paso á los esqueletos recién erguidos; desprenderse de los aires nubes de murciélagos cuyos chillidos semejantes á las discordes voces de acosados ratones, tenían algo de fúnebres y discordantes voces; descender de los altares como sombras venidas de otro mundo, legiones de frailes encapuchados, con siniestras antorchas en las manos y terribles misereres y exorcismos en los labios; aparecer como brujas y hechiceras en Sábado mágico, vestidas de blancas túnicas muy semejantes á largos sudarios, fantásticas plañideras, quienes se mesaban el cabello suelto y prorrumpían en alaridos tales que hacían semejar todo aquello á un apocalíptico mundo engendrado por los ensueños de una pesadilla gigantesca. Varones curtidos en la guerra, esforzados temples de caballeros á la continua en armas, temblaron cual niños amenazados y cayeron en desvanecimientos y terrores cual mujeres flacas. Cuánta no sería la terrible pesadumbre del monarca, viendo que se movía el cadáver petrificado y agitaba en su mano la llave de Antequera, diciendo cómo no podía entregarla su hijo sin atraerse sus maldiciones sobrenaturales, que

al mismo tiempo, eran las maldiciones de Dios. A tantas amenazas, á tales conjuros, á horror tan extraño, nadie podía resistirse, y menos aún aquel temperamento débil y enteco del pobre amedrentado Enrique, víctima, tanto de las propias como de las ajenas pasiones. Trémulo, sudoroso, más frío que los cadáveres, creyendo verdad todo cuanto allí fingiera la industria de Narvaez, tomando los murciélagos, las lechuzas, las calaveras, los esqueletos por cristalizaciones varias de sus propios remordimientos, tendió ambos brazos á lo alto como un náufrago, después de haber caído de hinojos en el pavimento como un muerto, para jurar que nunca jamás arrancaría á los Narvaez el gobierno de Antequera. Aún este juramento no se había comunicado á los aires, cuando las losas de los sepulcros se cayeron y cerraron. Ahuyentáronse los esqueletos horribles y las plañideras y los frailes fantásticos. El tumulto huyó, cual si hubieran venido á recogerlo en sus alas invisibles los ángeles del cielo. Rasgáronse los velos espesos y los paños fúnebres. Como en Sábado de Resurrección, el retablo mayor ostentó sus místicas riquezas, y el órgano llenó las alturas con sus trompetas angélicas. Lluvia de flores cayó de lo alto y vapores de bien olientes esencias subieron de aquellas juntas donde antes hedía la muerte. Un coro de voces melodiosas parecido á los coros del Empíreo, llenó las bóvedas del templo y una turba de vasallos felices corrió hasta las plantas del rey para

darle gracias por su espontáneo juramento. Todo fué regocijo la noble Antequera. No así los engañados del arrabal. Enterados de la feliz industria de Narvaez, tuviéronla por afrenta de sus personas y desacato á la realeza. Poco sufrido el de Aguilar, amonestó á los antequeranos primero, los amenazó después y los combatió por último. Pero Narvaez no se intimidaba, y tomando sus adalides, salió al campo para infligir derrota de tal importancia con sus huestes á las huestes enemigas, que los cañones y las armas de Aguilar pasaron á los castillos señoriales de Antequera.

— ¡Y qué había de suceder! En tanto desorden, los granadinos cobraban ánimos; condes tan célebres como el de Cabra, ocupando villa tan fuerte como Alcaudete, permitían el paso á las huestes infieles. Las tierras de Martos eran á saco entradas y sus habitantes á cautiverio reducidos. Las iglesias de Santiago é Higuera, pueblos inmediatos á Porcuna, se vieron violadas en el momento de la misa mayor, y clérigos y laicos, asaltados por tan inesperada sorpresa, cayeron inmolados al pié de los altares. No arremeten los toros rejoneados y furiosos al paño de roja púrpura, como acometieron á las reliquias sagradas aquellos perros infieles. Sus alfanjes descabezaron las imágenes, como si de feroces enemigos encontrados en el combate se tratara. Chorrearon sangre las aras cual pilas de carnicería. Aquellos piés, enrojecidos de pisar cuerpos humanos, como los piés de quien pisa en el lagar

las uvas, bailaron sobre las reliquias. No quedó varón á vida. La crueldad mahometana ¡oh! no perdonó ni á los niños de teta en los brazos de su madre. Si las pobres mujeres fueron perdonadas, más les valiera no serlo, porque maniatadas, para cautivas salieron, tristemente transportadas á los harenes y serrallos de aquél vencedor que acababa de asesinar á sus esposos y á sus hijos.

— No se repetirá, no, esta horrible tragedia hoy, porque tenemos reyes como D. Fernando y Doña Isabel, resueltos á vencer la morisma y rematar el rescate feliz de nuestra España.

— Dios lo haga, que por eso he tomado sobre mis hombros la pesadumbre de tan importante como peligrosa embajada — dijo el buen caballero Vera.

— Dios la prospere — añadió Solís — y le dé cuanta felicidad le pedimos para corona de tanta empresa todos los viejos cristianos. Y á fin de poner todos los medios, acordémonos, mi buen pariente, de que no somos solamente puro espíritu, de que habemos menester también el pan pedido por cada día y vamos en gracia y compañía de Dios á cenar juntos en nuestra mesa.

— No haré tal, sin ver antes á vuestra esposa é hija, de quien tengo por la fama lisonjeras noticias y á cuyos piés quiero de grado rendirme como cumple á mi corazón y á su belleza.

— Veréislas en seguida, ya que tan vivo deseo mostráis de ello, aunque no superior en viveza é

intensidad al que sienten ellas por saludar al famoso caballero de quien la fama les ha traído á la memoria tantas y tan gloriosas empresas, consagradas todas así al culto de Nuestro Señor Jesucristo, como al culto de nuestra honra y de nuestro nombre.

— Véalas yo en buen hora, que nunca el valor del valiente pudo en mérito compararse con la hermosura de la hermosa.

— Veréislas, pues.

Y dando una señal Solís, salieron varios pajes, y al poco tiempo entraron, precedidas en procesión por los mismos que habían ido á buscarlas, dos mujeres, ambas jóvenes, aunque de madura edad la mayor y de temprana la menor, cada cual en sus años, deslumbradora de belleza.

CAPÍTULO IV.

La de Solís vestía el traje vistoso y elegante, que llevara el genio de período tan estético, cual este período del Renacimiento, á toda Europa. De su cabeza pendía largo velo, el cual realzaba su majestad severa de esposa y madre. Traje muy plegado y compuesto de terciopelo y raso con bordaduras de colores, dejaba ver toda la prestancia de sus formas. Una camiseta de transparente lino se ceñía por botones de oro á la garganta, y pasando bajo los tirantes de un jubón que ornaba rica pedrería, formaba las mangas, al puño y al codo ceñidas por brazaletes, pulseras y lazos, en cuyos ornamentos entraba mucho del sabor oriental, prestado por los mudejares, ó sean, los árabes residentes en tierras cristianas, á todas nuestras artes, y con especialidad, á las artes de la joyería y de la vestimenta. Y así como en las ciencias cristianas relucían, á cada paso, los tesoros científicos allegados